

El Rendar

ISSN EN TRÁMITE

REVISTA LITERARIA

Selección de poesía
y cuento breve

Dirigida por
Federico G. Rudolph

EDICIÓN DIGITAL

AÑO 1 - NÚMERO CERO

JULIO DE 2017, LA FALDA, CÓRDOBA, ARGENTINA

EJEMPLAR DE DESCARGA GRATUITA



Peluquería

Laura Pagella
Belleza Integral

Laura Pagella Belleza Integral

Av. Edén 444 - local 8 - LA FALDA
TE (03548) 15606369



Pachamama
Av. Edén 127 - LA FALDA
TE (03548) 425997



HOSTEL
**La Casa del
Padre Leclef**

— BED & BREAKFAST —

Rodríguez Peña 40 - VALLE HERMOSO
TE (03548) 471013

REVISTA LITERARIA
El Rendaz
ISSN 2591-3409

STAFF

Federico G. Rudolph
Director Editorial

DISEÑO DE TAPA,
DISEÑO DE INTERIOR,
MAQUETACIÓN
Federico G. Rudolph

SELECCIÓN DE TEXTOS
Magalí Albornoza
Federico G. Rudolph

AÑO 1 - NÚMERO CERO
JULIO DE 2017
LA FALDA, ARGENTINA

DILLET PROPIEDADES

TE (03548) 426385

info@dilletpropiedades.com.ar
M.P. 04-4042



DILLET
PROPIEDADES

Editorial	1
Selección de textos	3
Autores seleccionados	22
Final	23
Agradecimientos	24

Editorial

Revista El Rendar surgió hace un tiempo, al menos la idea de verla plasmada de alguna manera. Empezó de dos formas: una gestada como la revista que ustedes tienen hoy en sus manos, con tapa a todo color y con la participación de escritores de distintos países; la otra, como una pequeña publicación que contenía, únicamente, algunos de mis cuentos y que ha sabido acompañarme en diversos encuentros de escritores, presentaciones de libros y demás, siempre en blanco y negro. El resultado final ha sido una mixtura entre ambas, apenas con alguno de mis escritos, más una cuidada selección de textos de autores invitados y otros convocados a través de Internet.

El Rendar es el nombre de mi primer libro (aquel que escribí, allá, a fines de los noventa), nombre tomado en préstamo, a su vez, de uno de los cuentos que contiene, un cuento de ciencia ficción ubicado en un planeta distante, quién sabe a cuántos años luz de la tierra, donde los sobrevivientes de una misión de exploración terrestre viven bajo los designios de una cultura ajena a la nuestra, de lo que fueran al llegar allí. El Rendar es un nombre que se replica también en esta revista y que lo volverá a hacer en cada futuro número de ella y en otros proyectos, aún en etapa de diseño. Un nombre que suena «a viejo, a remoto, a lejano» como lo hicieran también las puertas de ke-el al abrirse ante los ojos del protagonista, allí, en los confines del ej-mel, luego de la última batalla entre los habitantes de Drend-el

esza y los moradores de aquel desolado desierto, antes de ser guiados a cumplir con un ineludible y marcado destino el cual alcanzaría a cada uno de ellos. Así también, estaba escrito que el destino marcaría el surgimiento de la Revista El Rendar.

Este primer número contiene veinte textos (nueve poemas y once cuentos), seleccionados, sobre un total de 166 obras pertenecientes a 134 autores de 19 países. A través de esta convocatoria *express*, que estuvo vigente durante dos semanas, han participado escritores de Alemania, Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Cuba, EEUU, El Salvador, España, Francia, Honduras, Italia, México, Nicaragua, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.

Esperamos que el resultado de esta selección de textos, desprovistos de una temática que los amalgame, les gusten tanto como a nosotros nos han gustado. Hemos tratado de elegir aquellas obras que mejor reflejan el espíritu de nuestra revista (el cual ya irán descubriendo y conociendo) y los que por su construcción nos han resultado más bellos, aún cuando hemos considerado que a algunos era menester mejorarlos, es decir, pulirlos para que pudieran alcanzar todo su esplendor. De aquellos que hemos devuelto a sus autores, han quedado solo los de quienes han aceptado el desafío de corregirlos. Ese es el cuidado que habrá de distinguirnos desde este Número Cero.

Encontrarán que en algunas de estas páginas figuran autores invitados (amigos de la casa, se podría decir), los cuales también debieron atravesar el proceso de selección para poder ser incorporados en este número. ¡Nadie se ha salvado! Con ello, hemos querido demostrar cierta transparencia, en cuanto a quiénes han de

participar aquí. No nos hubiera parecido correcto hacerlo de otra manera.

Este primer número, el Número Cero de El Rendar, nace de forma modesta, proyectándose, sin embargo, como una revista sólida y profesional desde su concepción. ¿Y por qué Número Cero? Porque éste es el piloto y porque, seguramente, habrá mucho por pulir y mejorar, también. Y porque uno no comienza, sino de y desde cero.

¡Que la disfruten! El esfuerzo no ha sido exclusivamente nuestro: se lo debemos, sin duda, a los autores que han apostado por ella, a todos quienes han mandado sus textos a tiempo antes del cierre de la convocatoria e, incluso, a aquellos que supieron de ella pero no se animaron a participar. A todos ustedes: gracias por confiar en este proyecto que recién comienza. Un espacio en donde invitaré siempre a los escritores que tengan el deseo de acompañarme. Concebido desde el escritor que soy y no desde el editor que podría ser.

Así nace... El Rendar.

Federico G. Rudolph

Fundador y Director Editorial
Revista Literaria El Rendar Número Cero
La Falda, Argentina, Julio de 2017

Contacto editorial

revistaelrendar.wordpress.com

revista@elrendar.org

TE / WhatsApp: +54 9 3548 404854

Selección de textos

El balón y yo

Mauro Barea, España

El balón rueda, y con él rueda el universo. El balón no es más que una geometría prestada de ese universo fuera del rectángulo verde perfectamente delimitado, un lugar al cual no puedo regresar hasta que el cronómetro marque noventa, hasta que el árbitro se lleve el silbato a los labios y su diafragma se contraiga, empujando el aire que decide para qué lado sonríe la vida. 1-2, y calculo más de noventa minutos cumplidos. Y el 1-2 nos deja fuera. Como siempre, nos deja en la orilla.

El balón rueda y él conmigo, siento los lagos de sudor en mi camiseta, mis piernas a punto de estallar por el esfuerzo, y mis pies disolviéndose en las cenizas de los muertos que han intentado lo mismo que yo intento, pisando este mítico campo, perdiendo y ganando una y otra vez. El balón sigue delante de mí haciendo formas elípticas muy particulares, y eso es bueno. La gambeta funciona y el drible me favorece inesperadamente. No puedo escuchar la arenga en la tribuna, mucho menos a mis compañeros clamando por un pase, poseídos de adrenalina y césped en sus rostros.

Entonces se hace el silencio en el estadio. La tribuna deja de pedir mi cabeza y aguanta la respiración, no dejarían entrar el mínimo cambio de brisa.

Desde niño lo recuerdo: segundos de tiempo infernal y malos bufones, malos actores y clavadistas nos han dejado fuera.

¿Seré el último bufón que nos deje fuera?

¿El árbitro se ha llevado el silbato a la boca?

Al fin la veo: es ella, la que se nos niega en estos momentos cruciales, la que se aleja millones de kilómetros en los últimos minutos. Sus hilos enhebran lo imposible: el gol que nos eleve, que nos quite esta infección maldita de la repetición. No puedo dar el pase. Si lo doy, todo fracasará.

¡Túnel!

El defensa se queda estático. Los centrales se acaban.

La distancia es idónea.

Es ahora o nunca.

Desde el contacto siento que hay más que lágrimas, deseos y pasiones en el actuar del péndulo de mis piernas, y el balón sale con furia inaudita hacia su destino final, como la piedra sagrada de David que una vez se incrustó en las sienas de Goliat. El portero grita, y lo escucho entre la respiración contenida del estadio.

Cuando cae el 2-2 aún me pregunto si tendremos los suficientes arrestos para decidir por nosotros, y no por la historia. Mi gol atiza las piolas con un salvajismo casi sediento de sangre, pero aún no puedo sonreír. El árbitro pita el gol y a su vez el final del encuentro; faltan treinta minutos, o las ejecuciones desde los once pasos. Mis compañeros me abrazan y son presas de un triunfalismo estúpido e incendiario que el director técnico hábilmente se apura a extinguir.

Ignoro el leve tironeo en el muslo. No hay tiempo para heroísmos. El partido no hizo más que iniciar, como la vida misma. De nuevo.

ESCRITOR INVITADO

México mágico II

Berenice Islas de la Paz Pérez, México

La bestia
que todo consume
también consumirá tus sueños
tus creencias.

En la iglesia
siempre te pedirán limosna.

Como una bola de nieve
arrasa con todo a su paso.
Se lo traga

El modo de producción
permea hasta en lo invisible
en lo fáctico y en lo sublime.
Seduca hasta a las más grandes mentes.

Todos quieren fines de semana en Valle de Bravo
compritas de navidad en San Antonio.

Las muertas les estorban
en su visión burguesa de la vida.
Los estudiantes desaparecidos
solo son efectos colaterales.

Ellos están a salvo
en sus autos blindados
en sus grandes mansiones.
Todos los domingos van a misa
a pedirle a dios más dinero.

¿Quién es ese dios
que escucha las voces venenosas
e ignora el sufrimiento de la mujer mancillada?

¿Quién ese dios
que regala sus favores a los ladrones
por decir lo menos?

¿De dónde salió ese dios
que sólo escucha el sonido
de las monedas de oro?

Docente y poeta

Néstor Quadri, Argentina

Pude ser aquel pastor que, en la sierra,
cuidó con mucho celo a su majada.
Pude ser un peón que hendió la tierra
con el acero de su noble azada.

Pude ser el labriego que sembró
en el terreno fértil o infecundo.
Pude ser un minero que buscó
la riqueza en el suelo más profundo.

Pude ser hachero abriendo picadas
en la maraña de la selva umbría.
Pude ser un arriero de alboradas
que utilizó las huellas como guía.

Pude ser albañil que alzó la casa
albergando esperanzas de un mañana.
Pude ser panadero que en la masa
usó levadura del alma humana.

Todo eso yo también pude haber sido,
mas, con las poesías en mi mente,
de mi labor no estoy arrepentido.
Deseaba educar y fui docente.

Todo trabajo tiene su sentido.
Si, en poesía, el amor es la meta
y el sendero de enseñar se ha elegido,
un docente bien puede ser poeta.

Nafragio

Jorge Ariel Redini, Argentina

Tu cuerpo es una playa de blanca y fina arena
allí rompen mis olas
allí me tiendo y sueño
allí el sol me acaricia desde tus dedos suaves
y tu piel con mi piel allí cantan y bailan.

Tu cuerpo es una playa
y allí yo soy tormenta
y soy viento que barre tu arena fina y blanca
y soy también espuma
y tú eres golondrina que se eleva en el aire.

Tu cuerpo es una playa de blanca y fina arena
y allí yo soy un niño sentado sobre ella
sentado simplemente
disfrutando lo simple de tu arena tan blanca
de tu arena tan tibia.

Tu cuerpo es una playa
y allí yo soy un náufrago
que ha llegado al destino final de su naufragio.

Amor clandestino

Mariano Contrera, Argentina

Le arranco la camisa, los botones vuelan, con el hambre de un náufrago nos consumimos mutuamente la boca, nos besamos salvajemente mientras manoseo su cuello con mis manos. Me quita la ropa a tirones, y deja salir esa faceta furiosa y febril. Ese look de oficinista me vuelve loco, tan pulcra y ordenada con sus pequeños anteojos de marco negro, y a la vez tan indecorosa con sus medias de red y el portaligas de encaje... Rebotamos contra los azulejos en las paredes del baño, mientras lacero con mis dientes los negros lunares de sus senos. Sin darnos cuenta, activamos el ruido a turbinas de un secador de manos y, casi instintivamente, nos encerramos en un cubículo. Apenas alcanza a trabar la puerta..., y ya la tomo por detrás, le beso la nuca y nuestros brazos se suman, se multiplican. La agarro del pelo mientras desarmo ese prolijo y hasta prepotente rodete negro. La hago agachar brutalmente tironeando de pasión. Su espalda es hermosa, perfecta. Su piel es casi traslúcida, blanca como la nieve. Solo un travieso tatuaje en su costado derecho interrumpe aquella escultura de mármol. Le dejo el corpiño puesto, pero le levanto la minifalda, sus nalgas resplandecen. Bajo mis pantalones, corro su diminuta ropa interior blanca y...

Un viejo pelado me interrumpe, nos interrumpe, se mete entre nosotros y me la quita, se la lleva, nos corta la inspiración. Un tipo de bigotes de unos sesenta y pico y con cara de milico, el desgraciado corre ruidosamente la silla y me hace volver a la realidad del bar. Trato

de incorporarme, me acomodo en la silla y miro en derredor para ver que nadie me estuviera observando. Es allí cuando veo que ella tenía sus claros ojos incrustados en mí. Eran pardos, una rareza, una mezcla extraña de verdes y marrones muy suaves que variaban dependiendo del día, o, quizás, de su estado de ánimo, no lo sé, pero no había dos días en los que tuviera los mismos ojos. Nuestras miradas se cruzan, ella sentada al otro extremo del bar sabe lo que quiero, lo que me consume de deseo, sabe que la preciso, la exige. Solo con verme nota que ardo de necesidad, que me urge su presencia. Asentí con la cabeza, ella también, se levantó y caminó hacia mí, solo bastó un gesto para que nos entendiéramos. Sus tacos altos sonaban contra el piso de madera, a la vez que mi corazón se aceleraba, su cuerpo se contorneaba como una tigresa al acecho, sus pechos vibraban a cada paso. Llegó y se paró junto a mí, su perfume dulce y, quizás, algo repugnante inundó la mesa. Feroz, pero todavía una dama, esperó a que yo dé el primer paso.

—Un café con leche, y dos medialunas —Mi voz tembló y seguro me sonrojé, porque un calor abrazó mis mejillas.

—Sí, como no, ya se los traigo —Una corriente helada de indiferencia sobrevoló su respuesta.

—Gracias.

Así como vino... se fue, y yo... continúe poseyéndola en secreto.

Cosas de adolescentes

Alfredo Ramírez Vega, España

El Gólem

Desde que se demostrara que las ondas electromagnéticas, tanto de una sucesión de explosiones atómicas como de una tormenta solar, podían “freír” todos los chips del planeta y dejar a la especie humana otra vez en la Edad Media —bien mirado, en el primer caso, dejaría de importarnos tener tecnología o no—, una secreta coalición de científicos, a la cual yo pertenecía, se puso manos a la obra en busca de una solución que pudiera evitar llevarnos a ella.

Mi nombre no importa, y, aunque importara, si os lo dijera os tendrían que liquidar a todos los que ahora mismo estáis leyendo estas palabras —así de ultra secreta era—. Movíamos trillones de capital, desviados de todos los gobiernos del planeta y para perpretar nuestros fines. Capital que no podía ser justificado por quienes lo desviaban.

Pero, mientras investigábamos como salvarnos de volver a la Edad Media y para que todo el saber que atesoraba Internet no se perdiera ante alguna posible eventualidad, decidimos construir un superordenador en una zona, sobra decir, libre de movimientos sísmicos, enterrado a doscientos metros bajo la superficie de la tierra y encerrado en una habitación cuyas paredes alternaban gruesas capas de plomo, acero y otros metales. Dicho ordenador albergaba todos los enlaces y todas las páginas existentes en internet, ya fuesen, indiferentemente, de divulgación científica, de arte, de pornografía, de historia o de cocina, además de todos los datos de contactos y perfiles de usuario habidos y por haber, cada uno de los blogs creados hasta la fecha, todas las imágenes, videos, música subidos a Internet... Resumiendo: todo el saber

que se hallaba pululando por la red en todo momento se almacenaba en sus incontables facetas de memoria. Además, una copia de seguridad conteniendo toda esta información, se actualizaba, segundo a segundo.

Pero no os confundáis, amigos y amigas. Este no pretende ser un relato de ciencia ficción al uso, de esos en los que la supermente adquiere conciencia de sí misma y se rebela contra el ser humano. No, puesto que ese argumento ya está trillado hasta el aburrimiento.

Lo que le sucedió a este ordenador es que, efectivamente, adquirió conciencia de sí mismo, pero no se rebeló contra sus creadores, sino que se convirtió en poco más o menos “humano”, con todas sus virtudes y todos sus defectos. Así es que, ¿qué creeréis que hizo? ¿Se convirtió en un sabio? Pues no: con la tecnología que tenía a su alcance, fabricó un robot con forma humanoide que pudiese albergar sus pensamientos, su supermente. Y escapó de su prisión. Alquiló un pisito en medio de una gran ciudad, encontró un trabajo de repartidor de pizzas a media jornada —no necesitaba comer, beber ni dormir, así que su escaso sueldo iba íntegro para el alquiler—, y se dedicó, en sus ratos libres, a holgazanear en el sofá, viendo película tras película, serie tras serie, jugando partida tras partida online de un videojuego tras otro, chateando con adolescentes y no tan adolescentes de todo el planeta. Al poco, la coalición científica que lo había creado —a la cual yo pertenecía, como ya les había comentado—, después de una larga e intensa búsqueda, lo encontró. Había engordado quinientos kilos, nadie se explicaba cómo —ya les he dicho que no comía, pero la vida sedentaria, ya se sabe...

Cuando lo volvieron a recluir en su celda original a doscientos metros bajo tierra, se

quejó de que los mayores no le entendían, de que él tan sólo quería estar “a su rollo” —todos imaginaron que aquello lo habría escuchado en la televisión, que ya se sabe que es una mala influencia para los adolescentes—, pues, al fin y al cabo, eso era exactamente este ser “vivo”: un adolescente a nivel emocional, aunque a nivel intelectual fuese un dios.

En un acto de suprema misericordia, nada habitual en la raza humana, los científicos le dotaron de un aparato digestivo para que pudiera comer pizzas y hamburguesas y beber refrescos de cola; aunque eso sí, ellos, como buenos padres, se las racionaban, y lo obligaron a hacer algo de ejercicio tres veces por semana. Hoy en día se ha echado una novieta con la que mantiene una relación virtual y que, a pesar de verlo por la *webcam*, ni siquiera se percató de que su piel es metálica —de tan enamorada que está de él—. Y, aunque se percatara, tampoco le importaría, porque con los setenta y ocho *piercings* que tiene ella, solo en la cara, su piel parece aún más metálica que la de él, quien aún sigue atesorando todo el saber de la tierra y actualizándolo segundo a segundo, cuando se acuerda de hacerlo y para no sentirse como una especie de inversión tirada a la basura. Y sus “padres” —es decir, nosotros—, sus creadores, confiamos en que, en cuanto se le pase la edad del pavo, siente la cabeza y se centre en sus tareas. Mientras tanto, ahí sigue, sin querer más que estar todo el día enganchado a Internet. Cosas de adolescentes.

El regulador de sueños

Gisel Zingoni, Argentina

No sabés la cantidad de noches que no pude dormir. No podía evitar que brotaran unos pensamientos detrás de otros y pasaba la noche en vela. Pero vos, Alejandro, ni te enterabas.

Algunas noches me levantaba. Prefería hacer algo productivo a dar vueltas en la cama, escuchar tus ronquidos y verte dormir sin que te dieras cuenta de nada. Si me quedaba en la cama y lograba adormecerme, hablabas dormido y me despertaba sobresaltada. Murmurabas nombres de medicamentos y proveedores. Nunca dejás de pensar en la farmacia.

Te conté que no estaba bien y te insinué que podía probar con alguna terapia. Me dijiste que los psicólogos son todos chantas. Que ocupara mi tiempo, para no pensar tonterías. Que una manera de tener la cabeza ocupada era seguir estudiando y especializarme en Producción de Cosméticos. Que era interesante para una mujer, que algún día podía tener mi propia fábrica. Que no entendías cuál era mi problema, si yo tenía todo lo que había soñado.

Sí, lo que soñé hace veinte años. Es cierto que aquellos sueños se parecen mucho a la realidad. Nos recibimos de farmacéuticos, nos casamos, tenemos nuestra propia farmacia, conocemos muchos lugares. No quisimos hijos para poder viajar con libertad, y lo que ganamos con la farmacia nos ha permitido hacerlo. Pero los sueños cambian, Alejandro. O se van cumpliendo y aparecen otros.

La otra noche, que empecé con palpitaciones, me asusté y te desperté. Dijiste que tenías la solución, y para nada. Fuiste a buscar la revista del Colegio de Farmacéuticos, la abriste en una página que habías marcado: era

una promoción para viajar a Islandia. Me propusiste que me distrajera con eso, te diste vuelta y te volviste a dormir.

Hoy, cuando amaneció, sabía que no iba a volver a pegar un ojo. Faltaba una hora para abrir. Me duché y me preparé un café. Me puse el guardapolvo y te llamé tres veces para que te despertaras.

Levanté las persianas de la farmacia y cuando estaba dando vuelta el cartel de Abierto/Cerrado me esforcé por no llorar. Me acordé de esa vez que tenía los ojos hinchados y me dijiste que los clientes ya tenían bastante con sus dolores, que si los atendía con esa cara de velorio se iban a ir a otra farmacia.

A las ocho llegó el repartidor del laboratorio Pharmadream. Ensayé con él algunas sonrisas e intercambié comentarios triviales. Me preguntó si me sentía bien, y le dije que tenía insomnio. Me recomendó un regulador de sueño que venía en el pedido. Separé una caja y la guardé en el bolsillo de mi guardapolvo. Cuando se estaba yendo, apareciste con el equipo de mate como siempre. *“Otra vez esa cara de velorio”*, dijiste. Me ofreciste un mate —para que me levantara un poco—, porque en cualquier momento llegaba algún cliente y no querías que me vieran de esa manera.

“Si no les gusta, que se vayan a otro lado”, te respondí. Te sorprendiste. Me dijiste que, gracias a los clientes, vivíamos y que tener una farmacia era mi sueño. Sí, a los diecisiete, no a los cuarenta. Murmuraste que no sabías qué mierda me pasaba. Para vos las cosas eran simples: teníamos una farmacia y había que trabajar, ser cordiales con los clientes y punto. Te acercaste para abrazarme. *“Hagamos un viajecito”*, dijiste. ¿Para qué, Alejandro? ¿Irnos a la otra punta del mundo, decir que la naturaleza es maravillosa y vale la pena estar vivos? Me recordaste que antes me gustaba. Vos vivís

pensando en el antes. Como algo te gustaba antes, ahora te tiene que seguir gustando. Eso no es simpleza, es inercia.

Me hiciste una seña para avisarme que venía gente. Entraron los Castelli. Él se quería tomar la presión: te ofreciste y se fueron para el cuartito. Ella preguntó si me sentía bien. Habrás escuchado que le decía que no había dormido porque volviste para contarle que su marido estaba mejor que vos, que tenía 12/8. Aunque la vieja estaba interesada en escucharme, te pusiste a hablar de la inseguridad del barrio. Cuando se fueron me dijiste que no todo el mundo tenía que enterarse de lo que me pasaba: eran clientes, no amigos. Que me tomara el resto del día, que preferías encargarte de todo solo. Te contesté que tal vez fuera lo mejor. Atenderías el negocio a tu antojo. *“Te voy a preparar un té a ver si recapacitás”*, gritaste. Recapacitar es pensar lo que vos querés que piense.

Ahora que te fuiste saco de mi bolsillo el regulador de sueño y me sirvo un vaso de agua. Me siento en el piso detrás del mostrador y tomo cuatro cápsulas. Me acuesto con las piernas abrazadas.

Cuando entrás escucho: *“Va-le-ria, Va-le, Va...”*. Y, después, dejo de escucharte.

La trama

Jorge Aguiar, Argentina

No era un día cualquiera, era el más importante de su vida. Lo comenzó rezando. Pidió perdón por los errores del pasado y solicitó sabiduría y guía para llevar a cabo su labor. Luego, se abocó a su tarea: buscó barro, moldeó un muñeco y sopló aliento de vida en él.

La llave

Susana Angélica Orden, Argentina

La primera vez que Emilia me habló de ese tema yo me reí y lo consideré una broma suya.

Ese barcito de la calle Pedro Goyena era justamente el que habíamos buscado durante mucho tiempo para reunirnos e intercambiar impresiones sobre nuestras producciones literarias. Aquel viernes cuando entramos, los tres mozos nos siguieron con la mirada Recuerdo que primero me sentí molesta y luego me burlé de esa actitud, sin saber lo que íbamos a vivir en breve.

Nos sentábamos en una mesa que había en un rincón, cerca de la pared, para poder conectar la computadora que consultábamos con frecuencia.

A los pocos minutos de estar reunidas, Emilia me confesó que debía ir al baño y que iría al de discapacitados, porque el que quedaba al final de la escalera que teníamos justo frente a nosotras, le producía un terror inexplicable.

Me sonreí y le hice una broma al respecto. Luego seguimos con nuestra tarea hasta que le anuncié que haría uso del baño que ella temía y riéndome un poco, comencé a subir los peldaños uno por uno, observando que eran muy altos y empinados y que no era agradable subirlos. A medida que iba ascendiendo, sentía que no estaba sola en ese lugar. Decidí avanzar rápidamente y bajar cuanto antes. No le conté a Emilia lo sucedido, para no impresionarla aún más.

Seguimos trabajando en lo nuestro, y acababan de dar las doce en algún campanario cercano, cuando un ruido nos interrumpió y notamos que la puerta de madera que conducía a la escalera se mecía suavemente.

—¡Me están llamando! —dije, jocosamente.

Y me levanté, abrí la puerta y muy despacio, comencé a subir.

Al llegar al final, me di cuenta de que antes no había reparado en la puerta que había al lado del lavabo. Estaba cerrada con llave y tenía una cortinita blanca, que de pronto se corrió y pude ver el rostro de una mujer que me miraba con ojos de desesperación. Como no pude abrir la puerta, bajé rápidamente y llamé al mozo que me miró con extrañeza, afirmando que arriba no había ninguna habitación como la que yo describía. Subí nuevamente y comprobé que en ese instante, lo que él decía era cierto. Bajé muy confundida y le conté a Emilia lo sucedido. Ella sugirió que nos fuéramos a nuestras casas, para tranquilizarnos. Así lo hicimos y luego de una semana olvidé el tema, pero aquella noche de viernes, volvimos al bar y propuse sentarnos en la misma mesa.

A los diez minutos de estar allí, entró un hombre harapiento, se acercó y me dijo:

—¡No acepte la llave, por el amor de Dios!
—Luego se retiró sin decir una palabra más.

Entonces, guiada por un impulso repentino, decidí subir la escalera y resolver el misterio. Al llegar arriba, fijé mi mirada en la ventana y la puerta comenzó a abrirse, muy despacio. Temblando, me dirigí a ella. Entré y en una antigua mecedora había una mujer en la semipenumbra. Cuando se levantó, observé con espanto que no tenía rostro y, antes que pudiera evitarlo, dejó entre mis manos una enorme llave dorada y, silenciosamente, salió de la habitación. Cuando quise seguirla, comprobé que la puerta se había cerrado tras ella, herméticamente, y cuando miré por la ventana, comprobé que su cara y su cuerpo se iban transformando en mi propia fisonomía. Examiné el cuarto, comprobando que no había otra salida.

Al rato, subió Emilia, rápidamente. Parecía atemorizada, como de costumbre. Por mi

parte, al verla, me desgañité gritando y golpeando en una puerta que ella no veía. Ante mi desesperada mirada y mi impotencia, bajó y volvió a su mesa, donde dialogaba animadamente con una persona que tenía mi cara y miraba a hurtadillas hacia la escalera.

Hace un año que estoy aquí, mirando, con mis facciones desdibujadas, el mundo desde una ventana, esperando que alguien entre y acepte la llave, sin saber aún, si seré capaz de ofrecérsela.

La despedida de un mundo

Juan Miño, Argentina

—Disculpe, ¿nos conocemos? —fue lo primero en decir Mara al acercarse.

—Me ha salvado muchas veces, si eso cuenta —contestó el anciano sonriendo.

No mentía, aunque no decía toda la verdad tampoco. Sabía que solo complicaría las cosas con más información. Era ella, y si la conocía como él creía, confiaba en que lo escucharía así sin más.

Había estudiado, los últimos días, la rutina de Mara buscando un hueco para poder hablarle. Sabía todo de su vida, desde que ella pasaría por la plaza principal del pueblo esa noche, que al llamarla por su segundo nombre se detendría —nunca se lo daba a nadie—, hasta qué día cumpliría los veinte y cuál era el juguete favorito de su hijo de dos años.

—Me debe confundir señor, si me permite... —dijo ella, y comenzó a irse.

—No estoy confundido; quédate —le suplicó tomándola del brazo—, solo tenemos unos minutos antes de la llamada.

—No sé de qué llamada me habla —replicó la chica soltándose.

—Ya lo verá, pero ahora, Soledad —insistió el viejo—, siéntese, escúcheme, luego la dejare tranquila; lo prometo.

Ella dudo por unos momentos. No traía apuro, pero considerando los problemas que había en la ciudad últimamente, se resistía un poco a la idea de hablar con extraños. Sin embargo, lo raro es que el anciano no parecía serlo del todo. El hombre era casi calvo, usaba

un pantalón de traje, zapatos marrones y solo una camisa blanca, a pesar del frío. Mara estaba segura de no haberlo visto nunca antes, pero sus ojos eran una excepción: iguales a los suyos; no por su forma o color, sino por su carga, llenos de tristeza y culpa. En parte, eso terminó por hacerla ceder.

—Me quedaré un segundo —le dijo, sentándose en el banco junto a él—, pero basta de llamarme Soledad, no me gusta; además, ni siquiera sé su nombre —reclamó.

—José —le contestó él, al instante—, y perdón por insistir con eso, necesitaba su atención, necesitaba... despedirme.

—¿Despedirse? Ya ha dicho también que lo salve muchas veces —sonrió ella—; podría explicarse un poco o me iré de verdad.

—Es bastante complicado de explicar, de hecho, pero has estado para mí todo este tiempo, aún sin saberlo; así de especial eres y, por eso, necesitaba pedirte perdón en persona.

—Esto es muy raro —le contestó Mara, ya riéndose.

José la entendía y no pudo hacer más que sonreír también. “Es hermosa”, pensaba, aunque lo hacía de una forma muy paternal: su cabello oscuro le caía por sobre los hombros, traía una bufanda rosa que resaltaba por sobre un bello tapado negro; tenía una cara dulce, pero, por sobre todo, sabía usar muy bien su sonrisa; lograba tapar muchas otras emociones detrás de ella.

Le dolió bastante hacerla cambiar de semblante.

—Me estoy muriendo —sentenció el hombre—. Problemas cardíacos, no pasare de esta noche.

Empezaron, entonces, las frases típicas de lástima o aquellas consabidas ideas sobre ir a un hospital, pero él las ignora, sabía que iba a contrarreloj.

—Perdón por irme sin ayudarte a ser feliz —sollozó, retomando la atención de la chica—, te he dado problemas y no podré quedarme a resolverlos contigo.

—Señor —repuso ella—, no sé qué pasa; pero, tranquilo, no debe preocuparse por mí.

—Siempre me preocupare por ti, me importas; esas cosas van de la mano cuando quieres a alguien. Perdóname, te lo ruego.

Ella le dio un abrazo inconscientemente. Solo podía pensar que el anciano divagaba, pero sentía el cariño en cada palabra que él le decía y, en cierta forma y aunque fuera una locura, hasta le parecía tierno.

—Lo perdono, José —dijo ella, siguiéndole la corriente y tranquilizándolo.

Sonó entonces el teléfono de la joven tal cual lo predicho. Su preocupación afloró apenas atendió.

Luego de cortar y antes de que pudiera siquiera hablar, José la interrumpió.

—Es tu hijito, no te preocupes, lo entiendo. Sufrió unas quemaduras, no es grave, pero debes estar con él.

—¿Cómo? —preguntó, atónita.

—Solo ve, niña, no te molestaré más de lo necesario.

Mara no supo contestarle. Quizás por los nervios, debido a las noticias recientes sobre su hijo, quizás por la duda de cómo él lo había sabido, quizás por la charla en sí o, quizás, por todo ello junto, se limitó a despedirlo con un beso en la mejilla.

—Recuerda, por favor, jamás quise soltarte tan deprisa —le susurró él, al oído, para luego verla marchar en un remis hacia el hospital.

—Ya está —pensó José—. Costó meterme sin arruinar mucho la trama, pero la historia ya engancha con el siguiente capítulo —se dijo, mientras tecleaba las últimas palabras en su gastada Olivetti.

Sentía culpa de no poder terminar el libro y de que, unas páginas después, Mara quedara a su suerte, pero tenía algo de paz, de por lo menos haberse despedido de su querida protagonista.

Con eso en mente —como si fueran uno solo—, detuvo su vieja máquina de escribir a la vez que se detenía su viejo corazón.

El hombre administrado

Claudio Chmleuk, Argentina

Paulatino

He seguido el precepto de Beckett
y fallado
aún más y mejor que los mejores.

¿Cómo probarlo?
Deduzcan entonces que ustedes están vivos
a partir de solo mirarse intensamente los pies.

Fundamenten luego la hipocresía
de que su vida les pertenece.

Viajes

Indira Yasseira Ríos Martínez, Honduras

Un bombillo estalla inesperadamente
en un vértice que comparte con ocho dinámicas patas.
El invierno se muestra en su apogeo,
y un frío juglar se traga la pesadumbre de letras que nadie entendió.

Una brújula que observa hace varias tormentas
decide tomar el rumbo y susurra que no admitirá disparates,
revelando los boletos que apuntan, como destino, a los sueños.
La noche parpadea y les cuenta que el barco está listo.
Previo a la gran travesía, la precaución emerge
y el viento ordena revisar la tripulación.
Escondido entre las velas, descubren al perverso miedo.
El intruso, en un santiamén, es excomulgado por el tiempo
y condenado a la fosa del olvido.

El gallardo timón anuncia que es hora de zarpar.
Ya está empacado lo que importa.
La vida embriagada de lucidez se anota una victoria
y el viaje sin fin, por fin comienza.

Ética del forjar

Guillermo Echevarría Cabrera, Cuba

El trabajo borda esperanzas
con refulgentes hilos
y lustrosas agujas de porvenires.

Los hombres
han de acicalar la gloria de sus tiempos
y con sus manos servir luz
a estómagos en penumbras.

Unas onzas de faenas honran
fragan ventrículos del desarrollo
son como ungüentos para las almas
bálsamos para tormentos
afluentes de vergüenza y virtud.

Es el trabajo recreo
campiña ineludible donde fulgura la filosofía del forjar
es encargo
deleite de anhelos
y candil para el ánimo.

¡Pobres
los que con sus acciones no aspiren
o no arrumben en barcas de sabiduría
por océanos de riquezas!

¡Pobres los desempleados...
...y los vagos!

Otra soledad

Norberto Garrone, Uruguay

Lejos del sur
también al sur
otra soledad
que no es la misma.

Otro paisaje
la misma tristeza.

Otro día sin ti
otro día sin mí
sin el que fui
con el que hoy soy.

Otro día
diferente pero igual.

Lejos del sur
también al sur
otra soledad.

Villa

Daniel Horacio Brondo, Argentina

Columbine

La tarde se descascara en trozos de rocío.
Se vienen los vahos del desasosiego
que pinta las lejanas paredes
de una inocencia castigada.

Sórdidas tapias separan con maestría
lo imponderable y levemente atroz,
en un lacrimógeno carnaval sin risa
donde se bebe la hiel de las angustias.

Los ojos muerden los esbozos de placer
consumidos en la perfecta desolación.
El vandálico humo recorre cada tristeza.
Y el duro fango destroza la liberación.

Cuan siniestros pueden ser los instantes
cuando el tiro de gracia no es el correcto.
La existencia de pan no es suficiente
cuando solo se digiere la supervivencia.

Al otro lado del mundo

René Arturo Cruz Mayorga, El Salvador

Marcos Acuña

Te llevaré al otro lado del mundo
donde la noche calla
y parece monasterio.

Donde la palabra crece
y se vuelve poesía
en las manos del tiempo.

Donde la noche se detiene
y el silencio se convierte
en el pan de los muertos.

Te llevaré al otro lado del mundo
donde los nombres no existen
y los árboles se convierten en peces.

Llévame al otro lado del mundo
para pensar
en el mañana
con la esperanza
resplandeciendo en mis ojos.

Llévame al otro lado del mundo
para conocer la otra cara de la vida
y la nueva historia de la humanidad.

Donde los fantasmas de la noche
vuelven a revivir el pasado
en la boca del tiempo.

Llévame al otro lado del mundo
para ver la vida submarina
que descansa bajo mis pies.

Llévame donde la lluvia se desviste
y los inviernos se pudren de tristeza
en las ciénagas del dolor.

El taxista

Guillermo H. Pegoraro, Argentina

Día complicado para José: recaudación, poca; clientes, escasos y necesidades apremiantes. Solo había hecho doscientos pesos: suficientes para cargar combustible y asegurarse dos días de alimentos para la familia. Necesitaba recoger otro pasajero. *“No se los pudo haber tragado la tierra”*, repetía esperanzado. Bajaba y subía la ventanilla. Prácticamente no miraba el camino, excepto a sus costados, para que ningún brazo en noventa se le escapara. De repente, distinguió a lo lejos a un hombre bajito levantando la mano en señal de pare. Al enfilar el lustroso Ford Falcon y, antes de bajar la banderita del taxímetro, lo advierte: no era humano ni extraterrestre, era el muñeco de una casa de caños de escapes. Frustrado, siguió rodando, pensando que doscientos pesos no eran mucho, pero tampoco un total fracaso. *“Muchas veces, la miga del hoy es compañera y, la abundancia..., remolona. Para invertir la ecuación: esfuerzo y esperanza”*, pensó.

Antes que el sol se escondiera, así como las ganas de hacer otro viaje, otro pasajero. Esta vez, sí era un hombre que le hacía señas. No tenía buena traza ni pinta de laburante —más bien de rufián—, pero al asiento trasero todos lo pagaban por igual. El hombre se subió bastante deprisa, sentándose de tal manera que quedó en un ángulo muerto para la visual de José e indicándole una dirección un poco alejada de la ciudad. Antes de llegar a destino, ocurrió lo que el taxista temía. En una zona despo-blada, el malhechor sacó su navaja y le exigió

dinero a José. El taxista paró el auto, abrió rápidamente la puerta y se bajó: no le sacarían lo recaudado tan fácilmente, porque él se debía a sus hijos y no a los caprichos de un matón.

Víctima y victimario se miraron temerariamente en el descampado...

—¡Dame la guita o te rebano! —le exigió el malandrín.

—Vení a buscarla y te hago tragar la navajita —le contestó el taxista.

El caco pensó “o es otario o tiene buena plata” y, motivado por lo segundo, se abalanzó sobre su víctima. El taxista, previendo la estocada, se puso de perfil como le habían enseñado en el servicio militar y, cuando el delincuente tiró el sablazo al vacío, José aprovechó para pegarle en el brazo, haciendo que la cuchilla se perdiera en un pastizal. Furiosos, se trenzaron a golpes; uno, defendiendo los doscientos pesos apretujados en el bolsillo izquierdo del pantalón y, el otro, saboreando un inminente triunfo. El taxista creyó que la vida se le iba, al sentir que una mano ruin se introducía en aquel bolsillo. Se pusieron de pie, el ladrón reconsideró la situación: quizás no valía la pena tanto esfuerzo por apropiarse de lo ajeno. José, desencajado por la bronca lo increpó:

—Devolveme la guita.

—No te doy nada.

—Dame la guita o te muelo a patadas —le advirtió José, al malechor, con tono firme y temerario.

—Dejate de joder, no te doy nada —le respondió con dejo provocante el otro.

Y, ahí nomás, con fuerzas que nunca creyó poseer, la víctima se transformó en vengador. Tomó al maleante y lo tumbó al suelo y, con certeras trompadas y sin mediar defensa, lo dominó.

—Regresame la plata... o te sigo dando —amenazó con furia el trabajador del volante.

—¡Tomá, tomá!..., pero no me pegues más.

—¿Qué me das? ¿Cincuenta lucas? No, no, dame todo —le exigió, José, sacado por completo.

El osado ladrón, postulando cosas incoherentes, esgrimió sus argumentos.

—¡Pero qué pretendes? ¿Ganar más que yo...? Tomá: esto es lo único que te voy a dar.

Y José le volvió a pegar, y ¡cómo le pegó!, haciendo que el malandra terminara soltando el dinero.

Así fue que el ladrón huyó de esta historia sin su botín y José caminó hacia su taxi con el dinero que había recuperado, silbando un tanguito por lo bajo. Antes de abordar su propio auto, se acomodó la ropa y, al querer guardar la plata en el fondo del bolsillo izquierdo de su pantalón, se dio cuenta de que, bien apretaditos como los había dejado, sus doscientos pesos seguían allí.

Déjame entrar

Facundo Torres, Argentina

Gregorio se despertó alarmado. Unos golpeteos insistentes habían sacudido su ventana, la que daba al patio interior de su casa.

En un principio se le ocurrió que se trataba de un animal atrapado entre las rejas, pero pronto lo dio por descartado: detrás de las cortinas que se balanceaban de manera vaga se definía un contorno decididamente humano.

Juntando valor, las corrió. Del otro lado del vidrio, le sonrió la figura de su hermana.

—¿Puedes dejarme entrar?

Pálido, se esforzó en verla a través de la oscuridad.

—¿Puedes dejarme entrar?

—¿Qué haces allí? —preguntó Gregorio, quien era por naturaleza muy desconfiado.

—Vine a visitarte. ¿Puedo entrar?

—¿Visitarme? —volvió a inquirir Gregorio. Su hermana estaba lejos, muy lejos, en el sur, y sabía que era imposible que hubiera llegado sin avisarle y, menos, que se le hubiera ocurrido colarse por el patio— ¿A esta hora?

—Sí —contestó la potencial intrusa— ¿Puedo entrar?

Gregorio dudó.

—¿Estoy, acaso, soñando?

—Tengo frío —Sí, con seguridad era la voz de su hermana—. Déjame pasar.

—No puede ser... —se dijo, restregándose los ojos. El pinchazo en la mejilla le regaló un dolor que no esperaba: estaba despierto.

—Tengo hambre —volvió a decir ella—. Déjame pasar.

Gregorio se alejó temblando, prendió la luz del patio y volvió junto a la ventana. Los rasgos de aquella mujer eran idénticos a los de su hermana: su mismo cabello liso y oscuro, los mismos ojos apagados y de grandes pupilas, la

misma sonrisa bondadosa..., pero carente de toda emoción y afecto.

—Por favor, déjame entrar.

—Responde una pregunta —Gregorio estaba aterrado, pero no quería dejar a su hermana afuera con el frío que hacía—. Dime, ¿recuerdas el día en que tú y yo robamos el dinero que papá había guardado para las expensas? ¿Puedes decirme en qué lo gastamos? Responde eso, y te dejaré entrar.

Ella apretó los labios y pensó unos segundos. Al rato le contestó.

—Déjame entrar, por favor.

Pero la respuesta correcta hubiera sido que aquel dinero lo habían gastado en golosinas, bastones de caramelos y gomas de mascar. Una anécdota que ambos recordaban muy bien: por eso, Gregorio decidió llamar de inmediato a la policía para que apresaran a aquella maldita y farsante criatura.

Desde la comisaría le dijeron que estarían allí en diez minutos. Para no ser tomado por sorpresa, Gregorio se sentó junto a su cama, manteniendo la mirada fija en su "hermana", sin perderla de vista. Ella le sonreía a través de la ventana, repitiendo su eterna frase, haciendo estremecer a su "hermano" al arañar el vidrio con desgano y sin motivación, pero con una insistencia que se adivinaba infinita.

Al cabo de unos minutos, Gregorio escuchó las sirenas del coche policial aproximándose a la casa. No sin algo de placer, vio a la criatura alejarse de la ventana y desaparecer en la oscuridad.

La policía tocó a la puerta. Gregorio fue a abrirles, confiado. Del otro lado, el oficial le mostró una hilera de dientes puntiagudos y malformados.

—Gracias —le dijo el oficial, y se comió su rostro.

Obsolescencia

Guillermo Ondarts, Argentina

En su juventud, el surf era una actividad exótica y poco conocida, que, en lugares remotos, exploraban pioneros montados sobre descomunales plataformas. No tuvo, por lo tanto, la oportunidad de practicarla y se debió contentar con desarrollar hasta la perfección la barrenada tradicional. De haber nacido diez años después, hoy sería uno de esos veteranos de rastas y cuerpos bronceados, eternamente adolescentes, verdaderos héroes modernos, que viajan con la tabla al hombro de playa en playa, buscando la ola soñada.

Pero su entusiasmo no ha cesado y ha aprendido a aprovechar la inmensa fuerza del mar para propulsarse. Doma al toro con arte. Su estilo antediluviano sigue siendo inmejorable, y, con sus 60 años, sus barrenadas resultan una pequeña hazaña, una hazaña secreta, íntima y desapercibida que lleva a cabo verano tras verano.

Se introduce hasta la rompiente, superando apenas su línea, y espera allí. Se mueve presuroso para ocupar el mejor lugar en cuanto divisa la ola apropiada. Y se lanza sobre ella en el preciso instante en que está por romper, para tomarla desde lo alto y por atrás. De este modo, evita que le caiga en la espalda y le parta el espinazo.

A continuación, ayudándose con un par de enérgicas brazadas, se desliza sobre el lomo, desde la cima hasta la base, como si fuera un brutal tobogán, sincronizando la velocidad. Pasa a la parte delantera de la onda, a la alba cresta,

posición que le asegura el empuje requerido.

A partir de allí, se deja transportar vertiginosamente, con los brazos pegados a los costados. Él es la tabla. Solo su cabeza emerge de la espuma. Desde esa ubicación privilegiada observa la hermosa costa como si dispusiera de un gran angular. Se desplaza en éxtasis, libre e ingrávido, con la emoción de la velocidad.

Antes de perder totalmente la inercia, se incorpora, orgulloso, sacando pecho. Piensa, imagina, que las bellas y bronceadas niñas esparcidas sobre la arena, con sus largas cabeelleras y labios apenas agrietados, reprimen sus deseos de aplaudir, inmovilizadas por la admiración. En suma, un caso de obsolescencia prematura, un verdadero dinosaurio.

Un nuevo personaje

Alicia Reginensi, Uruguay

¡Cómo detestaba a Molinari! Me irritaba su aspecto pulcro y la ridícula solemnidad con la cual solía sentarse junto a su escritorio e inclinarse sobre los papeles.

Me exasperaba el tono complaciente de su voz y los lugares comunes que utilizaba tan a menudo: “y... *la vida es así*”, “y... *hay que esperar*”, “y... *todos tenemos nuestros defectos*”.

Era un hombre gris. Una línea muerta. Un bodrio.

Era incapaz de alzar la voz, de discutir, de manifestarse en desacuerdo. Jamás llegaba tarde a la oficina y tampoco faltaba. Me ponía de muy mal humor verlo trabajar envuelto en la bufanda y sonándose a breves intervalos la nariz cuando estaba enfermo de gripe. Todo el día con la sólida actitud de un mártir.

Un idiota. Un auxiliar contable que cualquiera hubiera podido sustituir en cualquier momento.

No solía tomar licencia. Por tal motivo, sus días de asueto se acumulaban. Yo debía apretar los puños cuando anunciaba con orgullo que la empresa le debía más de noventa días. Me tenía que poner de pie, caminar un poco e ir al baño para reprimir mi instinto. Me daban ganas de tenerlo delante de mí para zarandearlo, hasta despertar en él la manifestación de una emoción, algo de rabia, una palabrota, cualquier cosa que estuviera fuera de lugar, que no produjera el elogio de sus jefes o de sus compañeros: “*Molinari, ¡qué buena persona es!*”, “*Siempre tan correcto*”, “*Jamás falta, ¡qué responsable!*”.

Pero a mí, no me engañaba. Estaba convencida que detrás de tanta mansedumbre anidaba un sentimiento de soberbia. Una indiferencia provocada por el menosprecio a los demás.

Cuando todos creían que se retraía por causa de su timidez, se equivocaban. Solo yo era capaz de percibir que él se consideraba un príncipe y que, como tal, no podía mezclarse con la plebe. Molinari era un zorro disfrazado de cordero.

Pero la situación se tornó del todo insoportable, para mí, cuando el Director de la empresa anunció que Molinari había sido ascendido al cargo de Gerente Financiero.

Apenas pude tolerar el viaje en ómnibus de regreso hacia mi casa. Para colmo, a mi lado se había sentado un hombre que me lo recordaba y sobre el cual no pude evitar tejer toda una historia parecida a la de Molinari.

Yo lo miraba de reojo. El mismo aire insulso. Apoyaba sus manos blanduzcas sobre las rodillas y miraba fijo hacia delante. Igual que Molinari! ¡Cómo si a su alrededor no pudiera estar sucediendo algo más relevante que lo que sucedía en el interior de su cabeza!

Tenía que matarlo.

Entré a mi casa, sin quitarme el abrigo tiré la cartera encima del sillón, encendí la computadora y, de la forma más rápida en que me fue posible, eliminé el cuento que tenía como protagonista a Molinari.

Luego me dediqué a crear otro personaje, porque a ese no lo soportaba ni un minuto más.

Mauro Barea, España, El balón y yo	3
Jorge Ariel Redini, Argentina, Naufrágio	5
Columbine (Daniel Horacio Brondo), Argentina, Villa	16

Selección convocatoria Express

Berenice Islas de la Paz Pérez, México, México mágico II	4
Néstor Quadri, Argentina, Docente y poeta	4
Mariano Contrera, Argentina, Amor clandestino	6
El Gólem (Alfredo Ramírez Vega), España, Cosas de adolescentes	7
Gisel Zingoni, Argentina, El regulador de sueños	8
Jorge Aguiar, Argentina, La trama	10
Susana Angélica Orden, Argentina, La llave	10
Juan Miño, Argentina, La despedida de un mundo	12
Paulatino (Claudio Chmleuk), Argentina, El hombre administrado	14
Indira Yasseira Ríos Martínez, Honduras, Viajes	14
Guillermo Echevarría Cabrera, Cuba, Ética del forjar	15
Norberto Garrone, Uruguay, Otra soledad	16
Marcos Acuña (René Arturo Cruz Mayorga), El Salvador, Al otro lado del mundo	17
Guillermo Horacio Pegoraro, Argentina, El taxista	17
Facundo Torres, Argentina, Déjame entrar	19
Guillermo Ondarts, Argentina, Obsolescencia	20
Alicia Reginensi, Uruguay, Un nuevo personaje	21

Final

Un nombre para ella

Me despido con un cuento de ciencia ficción

Federico G. Rudolph

—Alejandra es un lindo nombre. Tiene cara de Alejandra. ¿Tú que crees? —sugirió la partera.

—Está agotado, elige otro —le contestó inexpresivamente el androide técnico.

—Paola, ese también me gusta —Ambos observaban la incubadora y los monitores que indicaban los signos vitales de la recién nacida.

—Otro.

—¿Candela?

—Tampoco. Otro.

—¿Mariana? ¿María Juana? ¿Soledad? ¿Silvia? ¿Marta Enriqueta?... El que quieras —La niña hizo un esbozo de sonrisa y la partera se imaginó que ello había sido porque alguno de esos nombres era del agrado de la pequeña. Pero ¿cuál de ellos...?

—Todos esos están agotados. Tienes que elegir otro —seguía diciéndole el androide.

La partera cambió de estrategia y, en lugar de sugerir otro nombre para la niña, decidió consultarle a su interlocutor cuáles de ellos estaban disponibles.

—Buscando en la base de datos... —El androide no terminó de decirlo y ya tenía una respuesta—. Lo siento, no hay nombres de mujer disponibles para la recién nacida. He incluido una búsqueda de hasta cinco nombres combinados, que es el máximo permitido para una persona. Todos están agotados. Lo siento —el androide agachó la cabeza como pidiendo disculpas, como si de veras fuera capaz de sen-

tirse apesadumbrado por la respuesta que acababa de darle a la partera.

—No..., tiene que haber alguno, ¡no! ¡No puede ser...!

—Lo siento —repitió la máquina—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No, me niego a ello.

—Lo siento —le ordenó el androide—. Tu obligación es deshacerte de la niña. Todavía quedan algunos nombres de varón disponibles. Y, como sabes, los hombres viven menos que las mujeres y siempre se desocupa alguno cada una década o menos. La próxima vez quizás nazca un varón.

—No. No lo haré.

—Es tu deber: ya no hay más espacio para nuevas mujeres en nuestro mundo hasta tanto no se desocupe algún nombre. Ella debe morir y tú te debes encargar de ello.

—Pero ¿cómo es posible? ¡Vuelve a revisar! ¡Tiene que haber otro!

—No. Una nueva búsqueda no modificará el resultado. Hice una previsión tomando en cuenta las defunciones inmediatas y, aún así, no queda ningún nombre disponible. La persona que acaba de nacer no tiene derecho a una vida: debe ser terminada.

—Inventaremos uno.

—Sabes que eso es imposible, no habría forma de registrarla en el sistema.

—Tiene... tiene que haber alguna solución. ¡Mírala! —le decía la partera a esa especie de robot parado delante suyo, señalando a la niña—. Es hermosa, ¿no lo crees...?

—Aún así, ella no verá otro día. ¡Cumple con tu deber!

—Pero...

El androide cerró los ojos: seguramente estaba pidiendo una orden de exterminio para

la pequeña —anulando la ley que le impedía matar a un ser humano— ante la repetida negativa de la partera.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! —dijo finalmente la mujer, tomando la letal jeringa del tablero de instrumentos, temblando y sabiendo que no le quedaba otra alternativa—. ¿Sabés qué? Ponle el mío...

La jeringa vacía cayó de sus manos, pero ella sonrió feliz, imaginando como serían los primeros pasos de Elena-65535, su infancia, su primer novio, sus días de escuela...

Agradecimientos

La impresión de esta primera tirada de 150 ejemplares de este número ha sido posible gracias al apoyo económico de los casi veinte comercios adheridos de la ciudad de La Falda y localidades vecinas —sin los cuales este proyecto no hubiera podido salir a la luz en este formato— quienes también han colaborado con la realización del 1er Encuentro de Escritores en La Falda y de las actividades conexas al mismo.

Simplemente, ¡gracias!: Laura Pagella Belleza Integral, Pachamama, Hostel La Casa del Padre Lecléf, Dillet Propiedades, Dormite Joaquín, Sabor a mí, Perfumería Carmín, Polo Tours, Altos de Vaquerías, Imagen Kiosco, ATA Computación, Frida & Marley, La Comarca Libros, Radio La Falda, Bazar Casablanca, Aguas Azules, Casa del Sol Libros, El Ropero, El Ropero Kids.

Descontamos desde ya la participación de nuevos adherentes, tanto para el próximo número, como para futuras tiradas de este. Está abierto el patrocinio de las empresas e instituciones que quieran colaborar con el lanzamiento, difusión y distribución de este proyecto, Revista Literaria El Rendar.

Dormite Joaquín!!

Colchones - Somniers - Ropa de cama

TE (03548) 422239 / 15572307
Av. España 242 - LA FALDA



La Comarca
LIBROS

Libros y textos escolares
Pedidos por e-mail
Entregas a domicilio

Cel: (11) 6961-3160 / 5389-9457
lacomarcablibreria@gmail.com
Dr. Meincke 17 - LA FALDA



Radio La Falda
95.5 FM

la primera de La Falda
www.radiolafalda.com

Sabor a Mí!
Cafetería
Panadería Boutique
Av. Kennedy 84
LA FALDA
TE (03548) 604617

Perfumería
Carmín
Diagonal San Martín 88 - La Falda

Bazar
CASABLANCA

MEIROVICH 52 - LA FALDA - 03548-424882
casablanca.52@hotmail.com



Av. Edén 412 - local 9 - LA FALDA
(03548) 15403251 / 1557875 / 426101



Apart-Cabañas
(03548) 15403251 / 1557875 / 426101
Vaquerías - Sierras de Córdoba



AGUAS AZULES
INSUMOS PARA PILETAS

Construcción de piletas - Químicos
Equipamiento - Filtros - Motores - Cloro
Av. España 234 - LA FALDA
TE (03548) 421788

imagen
Kiosco

Colosinas - Diarios - Revistas - Libros
Av. Edén 243 - LA FALDA

ata
COMPUTACION

Av. Argentina 27 - LA FALDA
TE (03548) 423978



LIBROS del SOL LIBROS

Av. Edén 444 - Local 13
Shopping Estación Edén
TE (03548) 422238
5172 LA FALDA
ilarragagnacio@yahoo.com



Frida & Marley (Resto Bar)
Av. Edén 412 local 13 - LA FALDA
TE (03548) 423340



Av. Edén 444 - local 9 - LA FALDA
TE (03548) 505965



El Ropero Kids

Av. Edén 444 - local 9 - LA FALDA
TE (03548) 505965